



Acción Católica

La Acción Católica y la política

La A. C. no es un partido Político, pero no se desentiende de una manera absoluta y en todos los sentidos de la Política.

La A. C. tiene una relación muy íntima con la Política en general. Esta se confunde con la Ética social bien incluida dentro el precepto máximo de la caridad. En este sentido es evidente que la A. C. no puede de hecho prescindir de la Política, pues sería prescindir de la caridad y del bien público. Además tampoco la Política puede pasarse de las leyes de Dios y de la Iglesia; no puede concebirse al margen de los principios Católicos que han de regular necesariamente los temas fundamentales de la vida colectiva.

Hay una concepción del mundo y de la vida, basada en el destino ultraterreno y sobre natural del hombre que la Política general ha de tener en cuenta.

La A. C. ha de inculcar y mantener vivos los principios supremos, reguladores de la vida humana, en todas las manifestaciones individuales domésticas y sociales.

La A. C. se levanta y se despliega por encima de toda concepción Política, porque su fin no es esencialmente terreno, sino eterno. La Política tendrá siempre un campo limitado y la misión de la A. C. es universal.

Hacemos A. C....

Hacemos A. C. porque sabemos que en el Cristianismo está la clave que descifra los misterios de toda nuestra vida individual y social, la luz que centra, ilustra, da sentido y nos dice el porqué de nuestra existencia personal y colectiva.

Cuando en las profundas oscuridades de nuestra conciencia sentimos el latir potente, violento, irreprimible de la maldad, sabemos que la única explicación para continuar la lucha o, como diría Mauriac, la única salvación está en la diminuta Hostia de Cristo. Cuando rozando los márgenes de la ira, ante el crimen y el ultraje, clama el humano deseo de venganza, entonces, sólo en el Evangelio puede el hombre hallar la justicia hermanada con la caridad, la humildad sin la bajeza, la dignidad sin el orgullo.

Cuando el hombre colocado en la vía del negocio y al abrigo del disimulo, puede dar rienda suelta a la concupiscencia del «estraperlo», entonces, sólo la moral cristiana le impone un dique eficaz que le impida burlar las prescripciones de las leyes y los mandatos de la autoridad.

Cuando en las minucias de la vida o en sus momentos solemnes, se nos plantea un conflicto de valores, sólo por nuestras convicciones cristianas podremos resolverlo justamente haciendo que prevalezcan en la escala de valores aquellos que más se aproximan a Dios.

Cuando la hermosura se desfigura con maquillaje parisién, y los sentidos se

enervan en el pecar elegante, y la vida se deshace en las rondas estériles de la frialdad; y los mozalbetes resultan incapaces de concentrarse en un ideal serio; y giran porque sí sobre ejes ignorados; cuando parece que nos hemos sentado cómodamente en el desprecio de las cosas verdaderamente vitales, entonces, sólo en el ímpetu cristiano, sólo en el aliento de Dios es posible recobrar la robustez del ambiente y hacer de nuestro pueblo no una masa amorfa, sino con los perfiles vigorosos de nuestra tierra, que si supo dibujar en el aire la figura idealista de Don Quijote, despreciador del vivir muelle, es porque siglos antes había visto circular, por ejemplo, en la persona de nuestro Ramón Lull, un Quijote de carne y hueso, genio del proselitismo y de la acción, que se fatiga recorriendo media Europa, tratando de convencer a los indiferentes o a los incrédulos y sabe morir discutiendo por Dios en las playas africanas.

J. MAURÍ

¿Nuestro Maestro? Cristo.

¿Nuestro trabajo? El mundo.

¿Nuestra solución? El Evangelio.

¿Nuestra organización? La Iglesia.

¿Nuestros hermanos? Todos los hombres.

Antes de hacerse un traje recuerde la

SASTRERIA SITJES

Plaza José Antonio, 27

GRANOLLERS